

BRADING, David A. *La Virgen de Guadalupe: imagen y tradición*. México D.F.: Taurus, 2002, 645 pp.

En esta obra maestra (publicada originalmente como *Mexican Phoenix: Our Lady of Guadalupe, Image and Tradition Across Five Centuries*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001), el reconocido mexicanista David Brading traza la historia de la devoción a la Virgen de Guadalupe desde sus inicios hasta finales del siglo XX. Pero este libro no es un mero recuento de la historia de la devoción, ni un comentario sobre la relación entre la devoción y el nacionalismo mexicano, que ha sido el tema de otras obras, como la de Jacques Lafaye, *Quetzacoatl y Guadalupe*, aparecida en 1985. Más bien, se trata de un estudio exhaustivo y crítico de las distintas teologías y corrientes ideológicas que han influido en esa devoción en cada época, así como de la polémica sobre las fuentes de la devoción. El resultado es una historia fascinante acerca de los autores —cronistas, sacerdotes y laicos— que han defendido la historicidad de las apariciones, y de los escépticos que han cuestionado el origen milagroso de la devoción.

Brading va más allá que otros historiadores, quienes se han limitado a narrar hechos comprobables o a constatar la importancia de la devoción en México. Analiza las distintas interpretaciones teológicas que han surgido en torno a la devoción, especialmente la influencia del concepto de las imágenes sagradas en los propagandistas de la devoción en los siglos XVII y XVIII. Bajo la influencia de un neo-platonismo, los predicadores y autores que se refirieron a Guadalupe presentaron su imagen como una representación de la idea de María en la mente de Dios antes de su nacimiento en la tierra. Así, la imagen es un reflejo de una idea eterna que se había encarnado en México. De una manera análoga, así como Jesucristo es la "imagen del Dios invisible", María lo es también. Brading recalca la importancia que los apologistas de la devoción dieron a este concepto: solo en México María se había encarnado en una imagen cuya misión era vigilar permanentemente a la nación.

Pero Brading también hace un estudio crítico de los documentos básicos, en especial de dos de ellos: una publicación de Miguel Sánchez de 1648, y un documento más breve escrito en nahuatl, conocido como el *Nican Mopohua*, y publicado en 1649 por Luis Laso de la Vega, vicario de Tepeyac. Aunque los relatos son sustancialmente iguales, hay una abismal diferencia en cuanto a los detalles. El relato de Sánchez se inscribe en una tradición europea de apariciones y fue escrito principalmente para criollos. El lenguaje es elocuente y

florido, lo que corresponde a la época barroca. Pero el relato de Laso de la Vega, que —según él— se basó en la tradición oral de los indígenas, es más sencillo. El diálogo entre Juan Diego y la Virgen es mucho más afectivo, lo que correspondería a un diálogo entre un hombre indígena mayor y una joven indígena. Brading ofrece al lector todas las claves posibles para juzgar cuál de los dos relatos sería más auténtico. El *Nican Mopohua*, por ser más sencillo y aparentemente más indígena, se ha convertido para muchos en el “evangelio mexicano”.

Pero la búsqueda de la verdad no termina aquí. Brading también presenta todos los argumentos de los escépticos, desde el siglo XVI hasta el XX. El argumento que pone en cuestión la historicidad de las apariciones se refiere a los silencios de los franciscanos —sobre todo del mismo Zumárraga, el obispo que recibió a Juan Diego— y de otros cronistas que ni siquiera mencionan la devoción. Aunque ésta (sobre todo la narración oficial) está muy ligada a los franciscanos, los que más la defendieron y propagaron fueron los jesuitas y otros sacerdotes, además de ciertos laicos y artistas. El más famoso de los escépticos fue Joaquín García Icazbalceta, el historiador católico del siglo XIX, quien respetuosamente declinó pronunciarse a favor de la narración tradicional de las apariciones porque, como historiador, no encontraba un fundamento documental convincente.

Hacia fines de la Colonia ocurrió un cambio importante en la interpretación que se dio a la devoción. En su famoso sermón de 1794, fray Servando Teresa de Mier propuso la idea de que la imagen habría llegado en la túnica del apóstol Santo Tomás, que pre-evangelizó México. El mensaje de Mier fue subversivo, porque planteó la tesis de que México apenas necesitaba los servicios que le brindaba España con la Conquista; y sobre todo después de la revelación de la imagen a Juan Diego, México ya no requería de la presencia de España. Con el sermón de Mier la Virgen de Guadalupe se convirtió en un símbolo de resistencia criolla frente a la dominación de los peninsulares. Posteriormente, Miguel Hidalgo y Costilla consagraría la imagen como un símbolo de la nueva nación criolla.

En el siglo XIX, y sobre todo durante la rebelión de los cristeros en los años veinte del siglo XX, la Virgen de Guadalupe se convirtió en símbolo de un catolicismo militante perseguido por el liberalismo. Como dato interesante, Brading señala el hecho de que la idea de beatificar a Juan Diego surgiera en el contexto de la Guerra de la Cristiada, porque aquél simbolizaba al pueblo indígena católico frente al indigenismo anticlerical de la revolución. Con el tiempo, Estado e Iglesia terminarían superando sus diferencias, de tal manera que el

propio gobierno mexicano apoyó la construcción de la nueva basílica, intentando decir que la Virgen de Guadalupe era de todos los mexicanos.

Pero la controversia sobre la Virgen no terminó. Entre las personas que se opusieron a la beatificación de Juan Diego se encontraba el abad Guillermo Schülenberg, el mismo que había puesto en marcha la construcción de la nueva basílica. Schülenberg afirmó que no había podido encontrar una base para demostrar la existencia histórica de Juan Diego. Pero cuando el Abad encargado de la basílica también cuestionó la historicidad de las apariciones fue obligado a renunciar a su cargo.

El libro de Brading requiere cierta disciplina para su lectura desde el comienzo hasta el final, pues constituye un verdadero *tour de force* en el que se analiza y se compara todos los textos básicos relevantes para la devoción, y se enfrenta a los apologistas de la devoción —que son muchos— con los escépticos, que también son muchos, desde el siglo XVI hasta fines del siglo XX. Pero la labor de pasar por todos esos siglos es gratificante e intelectualmente estimulante. El libro de Brading no intenta contestar la pregunta acerca de si las apariciones fueron auténticas o no, o si Juan Diego existía o no, aunque ofrece al lector abundantes elementos de juicio. Por otro lado, esta obra convencerá al lector de que no se puede tratar el tema con ligereza. Finalmente, el libro no deja ninguna duda acerca de la importancia de la figura de la Virgen de Guadalupe para entender la propia identidad de México.

Jeffrey Klaiber, S.J.

*Pontificia Universidad Católica del Perú*